

— I R E N E A D L E R —

SHERLOCK LUPIN Y YO

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyc Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyc S.p.A tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *Il trio della Dama Nera*
© de la traducción: Miguel García, 2012

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2012
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2011 Atlantyc Dreamfarm s.r.l., Italia
© de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A., 2012
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Un proyecto de Pierdomenico Baccalario
Una historia de Alessandro Gatti a partir de la correspondencia de Irene Adler
Ilustraciones de Iacopo Bruno
Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A
Derechos internacionales © Atlantyc S.p.A., Via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantyc.it / www.atlantyc.com

Primera edición: octubre de 2012
ISBN: 978-84-08-01356-3
Depósito legal: B. 23.951-2012
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para más información contactar a Atlantyc S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Irene Adler

El trío de la Dama Negra

Ilustraciones de
Iacopo Bruno



DESTINO

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

TRES AMIGOS



Creo que nadie me llamará mentirosa si digo que fui la primera y única amiga de Sherlock Holmes, el famoso investigador. Cuando nos conocimos, sin embargo, él todavía no era investigador, y mucho menos famoso. Yo tenía doce años y él era poco mayor que yo.

Era verano. Julio, para ser exactos. El 6 de julio.

Aún recuerdo perfectamente el momento en que lo

vi por primera vez. Estaba sentado en el ángulo que formaban las paredes de piedra de un baluarte, en lo más alto de la muralla, con la espalda apoyada en la hiedra. Por detrás de él sólo había mar, una superficie oscura y agitada. Y estaban las gaviotas, que volaban en el cielo trazando lentas espirales.

—Mi amigo apoyaba la barbilla en las rodillas juntas y estaba absorto, con cara casi de enfado, en el libro que leía, como si de aquella lectura dependiese algo importantísimo para el mundo entero.

—No creo que se hubiese dado cuenta de mi presencia ni que nunca nos hubiésemos conocido si a mí no me hubiera picado la curiosidad tanta, y tan furiosa, concentración y no hubiera ido a molestarlo.

—Puesto que yo acababa de llegar a Saint-Malo, le pregunté si él, en cambio, vivía allí.

—No —me contestó sin despegar los ojos del libro siquiera—. Vivo en la rue Saint-Saveur número 49.

«¡Vaya sentido del humor! —pensé. ¡Por supuesto que no vivía allí, en un baluarte cortado a pico sobre el mar! De todos modos, dije para mí—: *Touchée.*»

Y supe que entre nosotros había empezado un desafío.

Yo era forastera. Acababa de llegar a Saint-Malo tras un larguísimo viaje en coche de caballos desde París. Estábamos de vacaciones, y la idea de pasarlas enteras en Saint-Malo había sido de mi madre.

Yo no estaba contenta, ¡estaba entusiasmada! Hasta entonces había visto el mar pocas veces: en las escasas ocasiones en que había acompañado a mi padre a Calais, donde se había embarcado para Inglaterra, y una vez en San Remo, Italia. Decían que era demasiado pequeña para recordarlo, pero sí que me acordaba de aquel mar. De verdad que me acordaba.

Tener que pasar todo el verano de 1870 en una localidad de veraneo a orillas del mar me había parecido, pues, magnífico. E iba a seguir el consejo de mi padre, que siempre decía: «Quedaos un poco más, si queréis. ¡No tenéis ninguna obligación de volver a París!». Pero lo cierto es que mi madre prefería vivir en la gran ciudad. Y que yo, después del verano, debía volver al colegio... Pero no tras aquel verano precisamente. El verano que cambió totalmente mi vida. Totalmente.

El viaje había sido horrible. La culpa, desde luego, no había sido del carruaje, que mi padre había alquilado sin reparar en gastos, como por lo demás hacía siempre cuando se trataba de nuestro bienestar, mío o de mi madre. Era un carruaje digno de un rey: cuatro caballos negros, cochero con sombrero de copa y asientos cubiertos de cojines de seda china.

Pero las seis horas de viaje bajo la atenta mirada de mi madre y del señor Nelson se me habían hecho realmente eternas.

El señor Nelson, Horace, era el mayordomo de color de los Adler. Era muy alto y taciturno, y estaba muy preocupado por todo lo que yo pudiera hacer. La mayor parte de la servidumbre de casa había viajado la semana anterior para preparar la que sería nuestra residencia durante las vacaciones; el señor Nelson había sido el único en quedarse con nosotras.

No me quitaba los ojos de encima. Y siempre que podía, me decía: «Tal vez no sea conveniente, señorita Irene».

«Tal vez no sea conveniente.» Siempre me decía eso. Puede que aquél fuera el motivo por el que, en la

primera ocasión, me escabullí y subí por el ventoso camino que llevaba a las fortificaciones de Saint-Malo.

Nuestra casa para las vacaciones era un pequeño chalé de dos plantas. Pequeño pero muy bonito, con un gran tragaluz en el techo y ventanas de esas que los ingleses llaman *bay-windows*, «ventanas en curva», y que yo, de pequeña, llamaba «ventanas panzudas».

Había una pérgola de glicínias y la hiedra trepadora era tan abundante que cubría la fachada. Mi madre dijo: «Oh, cielos, estará siempre llena de bichos», y yo tardé bastante en comprender lo que quería decir.

Lo hice días después, cuando dejé abiertas las ventanas de mi habitación y a la mañana siguiente encontré una culebra arrastrándose por el suelo.

—Tal vez no sea conveniente, señorita, dejar las ventanas abiertas por la noche —dijo severamente el señor Nelson al entrar en la habitación.

Luego cogió el atizador de la chimenea y yo grité:
—¡Ni se le ocurra, señor Horace Nelson!

Entonces él suspiró, soltó el atizador, agarró la culebra por la cola y dijo:

—Permítame, al menos, devolver a su huésped al jardín.

Nelson era un hombre adusto, pero sabía hacerme reír de vez en cuando.

En cuanto salió de la habitación con mi serpenteante «huésped», la puerta del armario se abrió de golpe y asomó el rostro afilado de un chico.

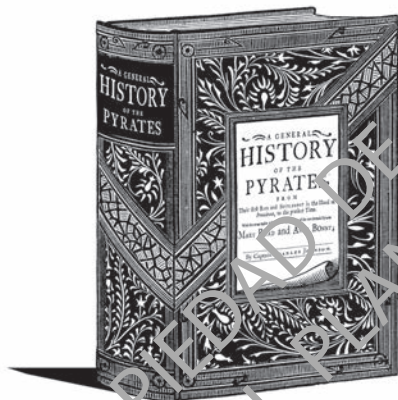
Mi segundo gran amigo de aquel largo verano.

Su nombre era Arsène Lupin, el del famoso caballero ladrón. Sólo que, en aquellos lejanos días, todavía no había comenzado su fulgurante carrera como ladrón internacional. Y tampoco era un caballero, dado que sólo tenía un par de años más que yo y alguno menos que Sherlock Holmes.

Pero, como fácilmente imaginaréis ahora que sabéis el nombre de mis amigos, aquel verano sucedieron muchas cosas que merece la pena recordar.

Lo mejor, por tanto, es que empiece por el principio.

EL ARTE DE LA FUGA



T

ouché —dije en voz alta.

Puse los brazos en jarras y ladeé ligeramente la cabeza, como había visto hacer a mi madre cada vez que reclamaba la atención de mi padre. Pero Sherlock Holmes parecía no querer dedicarme ni una pizca de la suya.

—¿Qué lees? —le pregunté.

—Un libro.

—¿Lees todas las palabras o sólo una aquí y otra allá?

Mi impertinente ocurrencia consiguió enervarlo. Metió un dedo entre las hojas para no perder la página y se volvió para clavar sus ojos llameantes en los míos.

—¿Tú sabes quién es René Duguay-Trouin? —me preguntó.

—No.

—Ah —exclamó él—, un pésimo espíritu de observación.

Y dicho esto, volvió a sumergirse en el libro.

Unos años más tarde le habría replicado en el mismo tono, pero aquel día no me atreví. Todavía estaba demasiado contenta por tener ante mí todo un verano en aquel encantador lugar marítimo y no me apetecía discutir con la primera persona que había encontrado al salir de casa.

Imaginaba a mi madre dedicada a impartir órdenes a la servidumbre sobre cómo deshacer nuestros baúles, ¡pero yo no tenía ninguna intención de perder una tarde de aquella manera! Había encontrado una pequeña cancela en la trasera del jardín, la había

abierto y, desde allí, había llegado a las callejuelas tortuosas de la ciudad vieja, en el promontorio, y luego a las murallas.

Aquel chico era la primera persona con la que me encontraba. No sabía nada de él, aparte de que era muy maleducado y hablaba inglés. Decidí no hacerle ni caso.

Me acerqué al parapeto de la muralla y miré hacia abajo. Una franja de arena blanca se extendía formando una línea caprichosamente quebrada, como si quisiera abrazar el mar azul.

Contemplé el pequeño puerto, el promontorio y, por último, dos islotes a no más de un centenar de metros de la orilla.

Luego me volví y sólo entonces vi la estatua sobre su pedestal, a pocos pasos de nosotros.

—René Duguay-Trouin —susurré, y chasqué la lengua.

He ahí quién era.

—¡Un héroe de los mares! —dije en voz alta mirando bien la estatua.

Subí al parapeto y me senté en él. Oía romper las olas debajo de mí, y la sensación de vacío que me producía la altura de las fortificaciones era embriagadora.

—Era un corsario —me corrigió.

Hojeó un par de páginas de su libro y siguió diciendo:

—Nació en esta ciudad en 1673, era el octavo de diez hijos. Cinco murieron muy pronto.

—Pero él no.

—No. Él se embarcó y se convirtió en uno de los más famosos bucaneros de su época.

Columpié las piernas en el vacío haciendo como si no lo escuchara. Él, entonces, dejó de hablar y fingió leer.

Pasamos así unos minutos. Luego, sin embargo, lo sorprendí espiándome por encima del libro. Me entraron ganas de reírme.

Y me reí.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me preguntó.

—Me río porque me estás mirando.

—No es verdad —mintió.

—Sí que lo es. Me estabas mirando por encima del libro.

—¡Uf! —bufó mientras buscaba una postura más cómoda en su rinconcito cubierto de hiedra.

—No importa. Yo me llamo Irene —le dije alegremente. No podía dejar de reírme, mirar la estatua de aquel señor con sombrero y espada en mano, y pensar en todas las cosas inútiles que me acababa de decir aquel chico. Corsario, bucanero, bla, bla, bla... Las habituales palabras huecas de los chicos.

»Y tú, ¿no tienes nombre?

—Tengo dos incluso, William Sherlock —me contestó él burlescamente—, pero todos me llaman William a secas... ¡Supongo que Sherlock les parece demasiado excéntrico!

Recuerdo claramente que reflexioné largo rato en silencio. Al final dije:

—Bueno, ¡pues yo creo que hacen mal! William es un nombre tan corriente... Sherlock te pega más, ¿sabes?

—Si tú lo dices...

—Y tanto que lo digo. Es más, ya lo he decidido: ¡para mí, tú serás Sherlock!

El chico se encogió de hombros.

—Como prefieras. En el fondo, sólo es un nombre...

Entonces añadí:

—¿Hace muchos meses que vives en Saint-Malo con tus hermanos?

Él alzó una ceja.

—Has dicho que tengo un pésimo espíritu de observación, ¿verdad? —Le señalé la estatua—. Puede que tengas razón. Pero sé que no eres francés, porque estamos hablando en inglés y tienes un acento demasiado perfecto para haber aprendido este idioma en el colegio. Además, no vistes como el típico veraneante de playa, así que creo que vives en esta ciudad desde hace ya algún tiempo. Tienes una expresión sombría, como la de quien acaba de discutir con alguien, o se ha escapado de casa, que es lo que he hecho yo. Y hay más, llevas la chaqueta arrugada, le falta un botón y, cuando me contabas que cinco hermanos del corsario la espicharon, te han brillado los ojos, así que he deducido: «Este chico acaba de discutir con un hermano suyo». —Tomé aire—. ¿Cuántas de mis afirmaciones son verdaderas?

Los ojos de Sherlock estaban llenos de sincera sorpresa. Una mirada muy distinta de otra, gélidamente genial, que todo el mundo conocería luego, cuando aquel chico se convirtiera en el mejor detective del mundo.

Cerró el libro y yo sonreí para mí.

Por lo que parecía, me había ganado su atención.

—Tú hablas inglés, pero no eres inglesa —empezó a decir.

—Soy americana —me anticipé, privándolo de la posibilidad de adivinar.

—Pero vives en París.

—Cierto. —Pero me pregunté cómo lo había deducido. Yo llevaba un vestidito, zapatos ligeros y calcetines blancos, nada descaradamente parisino—. ¿Tanto se nota?

Sherlock soltó una risita.

—No, en absoluto. Lo he dicho a ver si adivinaba. Pero... no calzas zapatos adecuados ni para ir a la playa ni para caminar por el campo, así que acabas de llegar. Has dicho que te has escapado de casa y deduzco que no estás de paso. Pero no pareces asustada, como lo estaría alguien que se escapa por miedo a algo. Así que debes de haberte escapado por otros motivos. Puede que estés de veraneo con tus padres.

Tenía una voz calma, tranquilizadora. Casi musical.

Le seguí el juego.

—¿Y tengo hermanas?

William Sherlock lo pensó unos instantes y luego meneó la cabeza.

—No.

—¿Hermanos?

—Lo he pensado. Por tu manera de hablarme, diría que sí, que tienes un hermano mayor.

—Has fallado, Sherlock.

—Eres hija única.

—Ja, ja. —Columpié las piernas—. Muy hábil, no obstante. Has acertado en todo excepto en lo de mis padres, porque sólo ha venido mi madre...

—Lo siento —se apresuro a disculparse Sherlock—. No quería...

—¡No, no! Mi padre se encuentra muy bien, pero no ha venido de veraneo con nosotras. Es que tiene que trabajar. Se dedica a los trenes, a las vías ferroviarias. Pero fue él quien eligió este lugar. Hemos venido tres: mi madre, yo y... el señor Nelson.

Miré el laberinto de callejuelas por las que había llegado y me imaginé viendo aparecer de un momento a otro al mayordomo de la familia, jadeante y, como siempre, preocupadísimo. No percibí la sombra que había pasado por los ojos de Sherlock mientras le hablaba de mi padre. Pero entonces no podía saber que el suyo había muerto ocho años antes.

—¿Qué estás leyendo?

Él miró la tapa del libro como si lo hubiese olvidado.

—Es la historia general de los piratas del capitán Johnson.

—¿Y es interesante?

—Oh, sí, mucho.

—¿A ti te gustaría?

—¿El qué?

—Ser pirata.

Sherlock soltó una carcajada antes de responder.

—Nunca lo había pensado, la verdad.

—A mí sí. Sería una excelente pirata. ¿O se dice piratista?

—No, se dice igual, pirata, creo. Aunque no ha habido muchas.

—¡Pues muy mal! Yo lo seré: daré órdenes a todos y tendré una isla propia. ¡Aquí, grumetes! ¡A estribor! ¡A babor!

Sherlock hizo una mueca divertida.

En ese momento me llegó la voz del señor Nelson. Se oía lejana aún y provenía de algún punto de las calles de la ciudad. Repetía mi nombre sin cesar:

—¡Señorita Adler! ¡Señorita Adler!

«¡Qué vergüenza! —pensé—. Bonita manera de presentarse en un lugar nuevo.»

Mi reciente amigo me estaba observando para estudiar mi reacción.

Salté del parapeto. Miré el puerto, el mar y uno de los islotes próximos al promontorio. Por un momento lo imaginé como una auténtica isla del tesoro, con un galeón de bandera negra al viento y todo.

—Creo que tengo que huir sin falta, Sherlock... —dije—. El señor Nelson, nuestro mayordomo, estará aquí de un momento a otro.

—¿Huir?

—Huir, has ardo bien. No quiero que me lleve a casa.

—A mí me parece preocupado.

—Pero no lo está. Es mi madre quien lo ha mandado. Tanto si vuelvo ahora con él como si vuelvo más tarde, para la cena, me va a regañar de todos modos. Así que es mejor que me regañe por algo.

—Lo entiendo perfectamente.

Me dirigí a la escalera de piedra que, desde la muralla, parecía bajar a la playa.

—Además... —dije mientras hacía ademán de marcharme—. No tengo ninguna intención de pasar el

resto de la tarde colocando sábanas y vestidos en los armarios. O peor todavía, jugando a las cartas.

—¡Qué horror! —comentó él, no sé si refiriéndose a la ropa o a las cartas.

Todo era un pretexto, naturalmente. Un juego entre él y yo, porque de colocar la ropa se ocuparían las doncellas y mi madre no jugaba a las cartas, pero Sherlock no podía saberlo, claro.

—¡Señorita Adler! —se oyó de nuevo, ya muy cercana, la voz del señor Nelson.

Volví a ponerme en jarras.

—¿Y bien, Sherlock? ¿Qué haces? ¿Te quedas aquí leyendo tu libro o me ayudas a huir?

Sherlock lo pensó un instante, luego cerró el libro sobre piratas y lo metió en un pequeño macuto de tela que llevaba en bandolera.

—Por aquí... —me aconsejó.

Se detuvo delante de un callejón tan estrecho que parecía casi una grieta entre las piedras y pasó él primero. Nos rozamos una mano sin querer y él la retiró inmediatamente, como si se hubiera quemado. Luego me dio la espalda y caminó sin hablarme durante un tiempo que me pareció larguísimo.

Sherlock andaba de prisa, a largas zancadas. Yo lo seguía con curiosidad, deslizándome por callejas y escaleras que bajaban al mar. Llegamos a la base de las fortificaciones y empezamos a bordearlas en dirección al puerto.

—¿Adónde vamos? —le pregunté manteniendo su paso.

—A ver a un amigo.

Era alto y muy delgado, y la chaqueta de algodón le bailaba sobre las marcadas costillas.

Cada vez que se paraba, se curvaba y replegaba sobre sí mismo, como si se escondiera. Pero al echar a andar, la espalda se le enderezaba como un mástil.

—¿Y qué hace tu amigo?

—Tiene una barca. No es suya, sino de su padre, pero... normalmente podemos usarla.

—¿Una barca?

—Muy pequeña.

—¿Y quieres usarla para... salir al mar?

—Para eso suelen usarse las barcas.

No me lo podía creer. Acababa de llegar a la ciudad y no sólo había conocido a un chico, sino que ese chico me estaba invitando a navegar.

—Pero ¡si es fantástico! —exclamé radiante.

Y así fue como Sherlock Holmes me condujo hasta el puerto para que conociera a su misterioso amigo.

Si tuviera que elegir el momento preciso en que empezaron todos nuestros problemas, creo que sería aquel momento.

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA